

La evolución simbólica del Centro histórico de San Salvador: un proceso inacabado

Lorena Umaña

Resumen

En este artículo, la autora analiza el significado de los centros históricos y la evolución que ha tenido, hasta nuestros días, específicamente el Centro histórico de San Salvador. Explica que no sólo constituye un patrimonio arquitectónico, sino también sociocultural, por la forma en que los actores sociales le dan un sentido y un uso a esos territorios. Refiere que, a través de los años, la magnificencia del Centro fue desapareciendo poco a poco y se ha convertido en lo que lo conocemos hoy en día. En ese sentido, el proyecto de rescate del Centro histórico es importante. Es lógico que exista resistencia al cambio. El ritual de la costumbre siempre tiene peso, aunque lo que legitime esa costumbre no dignifique a sus habitantes ni les ofrezca mejoría. Recuperar la ciudad es trabajar en su transformación, en función del desarrollo humano, y ese debe ser el objetivo prioritario a la hora de pensarla.

Introducción

Querer entender la dinámica de la ciudad de San Salvador sin tomar en cuenta el aporte de su Centro histórico puede resultar infructuoso e incluso pretencioso. A éste hay que considerarlo como uno de los espacios donde se concentra gran parte de las actividades urbanas actuales, ya sean de tipo económico, político, cultural y social. Lo

anterior probablemente se debe a la tradición histórica, a la ubicación geográfica, a la oferta simbólica e incluso a la multiculturalidad que se vive en ese espacio geográfico. No hay que olvidar que, desde hace tiempo, los centros históricos han sido considerados como núcleos de desarrollo de gran importancia para las ciudades y, además, como lugares donde se concentra gran parte del legado arquitectónico que perdura desde hace muchos años.

Sin embargo, limitar el valor del Centro histórico de San Salvador a sus estructuras físicas, puede resultar reduccionista. La historicidad de ese espacio de la ciudad no se mide, exclusivamente, por la conservación de sus estructuras. De hecho, existen muy pocas estructuras en el Centro consolidado, unos 374 edificios de valor histórico hasta 1996¹. Por esa razón, algunos pueden considerar que ya ni siquiera puede denominarse histórico, pero es que tampoco hay que olvidar los eventos que le han dado sentido a esa porción de la ciudad, lo que significó y lo que significa, en términos socioculturales. En consecuencia, su patrimonio arquitectónico y físico, aunque es uno de sus principales legados, no agota todas las posibilidades de análisis, ya que un área geográfica como ésta tiene significado dentro de la construcción social de las ciudades, en la medida que ofrece un patrimonio sociocultural.

Para algunos, la importancia del legado sociocultural resultará cuestionable. Sin embargo, como muestra de su relevancia, UNESCO² lo proclamó patrimonio inmaterial, el 18 de mayo de 2001, y lo definió de la siguiente manera "como el conjunto de formas de cultura tradicional y popular o folclórica, es decir, las obras colectivas que emanan de una cultura y se basan en la tradición. Estas tradiciones se transmiten oralmente o mediante gestos y se modifican con el transcurso del tiempo a través de un proceso de recreación colectiva. Se incluyen en ellas las tradiciones orales, las costumbres, las lenguas, la música, los bailes, los rituales, las fiestas, la medicina tradicional y la farmacopea, las artes culinarias y todas las habilidades especiales relacionadas con los aspectos materiales de la cultura, tales como las herramientas y el hábitat". Es precisamente en la construcción y la movilización de este tipo de significados en lo que se centra este artículo. Con base en estos argumentos, es que hay que aclarar que los centros históricos no son únicamente "aquellos asentamientos humanos vivos, fuertemente condicionados por una estructura física proveniente del pasado, reconocibles como representativos de la evolución

de un pueblo"³ (Hardoy y Gutman, 1992), sino que también se definen por la forma en que los ciudadanos viven ese espacio de la ciudad, cómo lo utilizan, cómo lo transforman con sus hábitos, sus costumbres, sus necesidades y, ante todo, por la manera como lo nombran. Es decir, por la forma en que estos actores sociales le dan un sentido y un uso a ese territorio. Ahora bien, hay que tener en cuenta el factor de la heterogeneidad que se vive dentro de ese espacio, que está condicionada por la diversidad de subjetividades, clases sociales, usos del territorio y significados, que dan lugar a infinidad de manifestaciones culturales.

Hay que entender la cultura como las formas con las que un individuo se adapta, conoce y responde a su entorno social. Desde esta definición, la cultura se relaciona más con la vida cotidiana y las maneras en las cuales la gente vive, lee, sistematiza y semantiza un entorno determinado.

Desde esta concepción, hay que definir la cultura "como pautas de significados o, con mayor precisión, como un repertorio de pautas de significados históricamente transmitidos y encarnados en formas simbólicas, en virtud de las cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias"⁴. En esta definición, Gilberto Jiménez afirma que la cultura debe estudiarse desde los signos. Sin embargo, el concepto no termina allí, ya que "la cultura incluye también una dimensión retórica, en la medida en que no se limita a la exhibición de los significados, sino que tiende también a imponerlos en forma persuasiva a los sujetos inscritos dentro de su ámbito de influencia. Desde esta perspectiva, la cultura implica una especie de retórica de la vida cotidiana" (*ibidem*).

1. El discurso y su capacidad transformadora de los significados del Centro

La retórica indudablemente hace alusión a la producción y reproducción de discursos, a la elocuencia, a la argumentación, a la persuasión y, por tanto, al poder transformador y constructor de sig-

1. OPAMSS, *Plan de recate del Centro histórico de San Salvador*, Mario Lungo (coord.), 1998.
2. Consultado en la página web de la UNESCO http://www.unesco.org/culture/heritage/intangible/masterp/html_sp/index_sp.shtml
3. Hardoy y Gutman, *Impacto de la urbanización en los centros históricos de Iberoamérica*, MAPFRE, Madrid, 1992.
4. Reguillo y Fuentes (coord.), *Pensar las ciencias sociales hoy*, ITESO, México, 1999. Autor de la cita: Gilberto Jiménez.

nificados que posee la palabra. Pero no de significados eventuales, sino de significados cotidianos y que, por eso, se reflejan en acciones cotidianas. Infinidad de discursos han surgido y cobrado fuerza en el Centro. Desde el religioso hasta el político. Y éstos, precisamente, han posibilitado la construcción de visiones del mundo y de acciones que han construido un espacio social y simbólico en el Centro histórico. La fuerza de la palabra se ha subestimado en este espacio, pero, sin duda, el discurso ha tenido un poder transformador y persuasivo en este territorio. Un poder persuasivo que posibilita la ejecución de ciertas acciones y de ciertas percepciones.

El Centro histórico de San Salvador ha sido un escenario de múltiples relatos. Para corroborarlo, sólo hay que echar un vistazo y recordar todo lo que ha acontecido en ese lugar. Los relatos que se han estructurado en ese territorio han partido desde las actividades relacionadas con la diversión y la tertulia, hasta el tradicionalismo religioso.

En principio, durante los cincuenta, el Centro era un núcleo de generación del discurso político, religioso y social, y del discurso cultural, entendido éste último como la expresión del arte y la erudición. Los discursos en los años cincuenta eran los de la armonía. La vida en los cafés y los parques, es un ejemplo. Por supuesto, era una armonía propiciada por la compatibilidad de sus habitantes. Una compatibilidad que no sólo se centraba en el estatus de los usuarios, sino también en la compatibilidad de intereses resueltos a partir de la oferta que se presentaba en el Centro.

A pesar de que no se puede hablar de homogeneidad absoluta en los usuarios del Centro, sí se puede hablar de una heterogeneidad con un carácter dominante y, por lo tanto, unos intereses que se imponían sobre otros. Estos intereses, evidentemente, no ocasionaban conflicto, porque respondían a unas aspiraciones compartidas, incluso en la diversidad: la diversión, la tertulia, la seguridad, el consumo del arte, etc. Accedían a una oferta cultural y estética común, que permitían el diálogo y la concordia. Se tendría que hablar de la heterogeneidad de aspiraciones resueltas por una oferta a la cual tenían acceso las mayorías: los conciertos, las presentaciones de teatro, los cines, el

acceso a la literatura y al arte. No obstante, el concepto de mayorías hay que relativizarlo, debido a que eran usuarios urbanos, viviendo y experimentando costumbres urbanas, en ese territorio. Por lo tanto, esta oferta no entraba en conflicto con otras, porque esas otras no eran dominantes y no lo fueron hasta décadas después.

No cabe duda de que la estratificación social siempre ha sido muy clara y marcada, lo que ocurría es que la oferta cultural no se había cerrado tanto en ese momento y todavía era accesible en los lugares públicos y el costo no era tan elevado. Por eso, el discurso era el de la concordia y la afabilidad. Los saludos y las reglas de cortesía no faltaban y no hacían distinción de clase social. Aunque se tenía muy claro el estatus de cada uno y eso implicaba respeto y sumisión. Sin embargo, este discurso cambió de la armonía a la discrepancia. Ya a finales de los setenta, el discurso social se había transformado en el discurso de la confrontación. Ya no podía hablarse de cortesía y, de hecho, la palabra como instrumento para relacionarse con el otro por el simple hecho de establecer la relación, había desaparecido. La palabra cambió de los diálogos placenteros a los silencios perennes, vinculados a la supervivencia y al recelo.

Las voces tomaron nuevos rumbos. El discurso político en el Centro durante los setenta floreció como alternativa para motivar al cambio social. Este tipo de discurso tenía espacios bien delimitados para su producción: las plazas públicas y algunas iglesias como la Catedral Metropolitana y la del Rosario. Esos lugares, que adquirieron un valor simbólico, el cual no sólo se reflejó en la pro-



ducción discursiva en sí misma, sino también en la producción de nuevas acciones disruptivas, en cierto sentido, y que propiciaban nuevas expresiones de la cultura popular, que no tenían mucho que ver con el arte, sino con un entorno social y económico heterogéneo, poco armonioso y que propiciaba la desigualdad. Las manifestaciones, las huelgas, las tomas, etc., son algunas de las acciones que se generaron a partir del discurso político, que tuvo gran fuerza en el Centro de la ciudad.

Además del discurso social y político, ha existido, correspondientemente, el discurso religioso, que ha logrado consolidarse como uno de los más representativos y estables dentro de la dinámica histórica del Centro. El ámbito religioso del Centro ha sido articulador de discursos, que han fluctuado entre las tradiciones orales y la corriente de la nueva evangelización. Entre la armonía y la discordia, incluso entre los mismos representantes de la Iglesia. El discurso religioso sufrió una transformación desde su énfasis en el respeto a las tradiciones hasta su participación en el discurso político, a través de la figura de Mons. Romero, arzobispo de San Salvador, a finales de los setenta. El poder transformador de la palabra también puede evidenciarse en este ámbito, ya que generó cambios en la vida política del Centro y propició la refuncionalización de algunos santuarios, en función de los nuevos eventos políticos y sociales del Centro. La injerencia de la retórica en la construcción de significados socioculturales no puede pasar desapercibida. De hecho, debe verse como parte inherente a las transformaciones sociosimbólicas del Centro histórico. Por ende, nos introducimos en el campo de la construcción de significados, a partir del discurso.

Ahora bien, hay que reconocer que hablar de significaciones es complejo, porque para ello también hay que hablar de percepciones y éstas son siempre subjetivas y variadas. Por ello, hay que reconocer que en cada entorno existen culturas —y no cultura—, que articulan el tejido social de una manera particular y distinta a la de otros lugares. Por todo esto, resulta evidente que los ciudadanos son quienes construyen la ciudad. Es, entonces, cuando la ciudad se convierte en escenario de acciones, relaciones y usos, y los ciudadanos se

transforman en actores sociales. Es el actor que no es un simple espectador, sino el que ejecuta acciones sobre un escenario, que se vuelve significativo para él y a través del cual los espectadores tienen la posibilidad de percibir una oferta cultural parcial, limitada y subjetiva; oferta que tiene la facultad de transformar.

Pero el Centro ha cambiado de actores, en diversas etapas de su historia. Inevitablemente, los sectores sociales que habitan en las áreas centrales de nuestras ciudades cambian a lo largo del tiempo y es necesario conocer a quienes las habitan en el momento actual, para poder entender sus nuevas dinámicas. Hay que entender que el actor social es el ciudadano que vive y padece la ciudad y se transforma en "actor", "en la medida en que al usar la ciudad, el actor inscribe la huella de su propio hacer. En las decisiones para trazar desplazamientos cotidianos, en los desplazamientos mismos, en los relatos que narran para otros los avatares del día, el actor-autor 'escribe' su experiencia de ciudad, la comparte, la opone a otros, la negocia" (Reguillo, 1996)⁵. Al hablar de actores hay que considerar la forma en la que viven el espacio público, en el cual se desarrollan, y cómo lo utilizan. Pero también es importante entender cómo lo comunican. La comunicación, entonces, hay que entenderla como "redes de relaciones sociales y como un medio para construir las... es producto, resultado de esas relaciones"⁶ (Carrión-Wollrad, 1999). Esas relaciones, a su vez, tienen la facultad para transformarse en prácticas sociales cotidianas significativas, ya que también hay que entender la comunicación como la capacidad para producir y reproducir significados de y en la ciudad y sus espacios. Asimismo, tienen la facultad para generar percepciones heterogéneas y fragmentadas.

2. El maniqueísmo de las percepciones

Percibir es descubrir, apreciar y observar la realidad, desde un punto determinado y subjetivo. Innegablemente, este concepto relativiza la objetividad, ya que no pueden existir percepciones acertadas o desacertadas, únicamente pueden existir percepciones diferentes. Pretender tomar como acertada una sola percepción y restarle valor a las otras, sólo provoca conclusiones anticipadas y fa-

5. Rossana Reguillo, *La construcción simbólica de la ciudad*, ITESO, Guadalajara, 1996.

6. Carrión y Wollrad, *La ciudad - Escenario de comunicación*, FLACSO, Quito, 1999, p. 70.

laces. Sobre el tema del centro de San Salvador existen percepciones antagónicas, que tienden a descalificarse mutuamente. Por un lado, surge la percepción romántica del viejo centro. Es la que hace referencia al "esplendor de una ciudad". Una ciudad ideal, majestuosa, en la que los parques eran parques, las casas tenían función de casas y la armonía se percibía en todo, desde las estructuras hasta los actores. La vieja ciudad que provoca nostalgia en quienes fueron sus habitantes

y sus usuarios, pero que salieron del centro hacia la periferia. Primero al Campo de Marte, luego a las colonias Flor Blanca, Escalón, San Benito, etc. Pero una ciudad cuya estructura era excluyente. Un lugar en el cual "el esplendor" era para quienes entonces habitaban el Centro. Sin duda, éstos

gozaban de una oferta comercial, cultural, religiosa y social muy rica, pero a la cual los habitantes de las áreas rurales no podían aspirar. Entonces no había problema porque, de hecho, la clase social o las clases sociales que ahí vivían eran bastante homogéneas, en cuanto nivel económico, social, cultural e incluso religioso.

La armonía, en cuanto a la convivencia y confluencia de clases sociales en el Centro, era, hasta cierto punto, parte de la funcionalidad de cada uno de los actores del mismo. Sí existían habitantes de clase baja, pero eran o bien los empleados de los grandes comercios o los empleados de las familias que lo habitaban, y aunque la convivencia era armónica, lo era porque no violaba la funcionalidad de las estructuras y de los roles que se gestaban en él. Cabe agregar que ya a partir de los años cincuenta, la mayoría de los habitantes era de clase media y media alta y no de clase alta. Las emigraciones, que comenzaron desde finales de los cuarenta, hasta finales de los sesenta, habían traído a nuevos actores a ese escenario de la ciudad.

Las emigraciones no cesaron. La magnificencia del Centro fue desapareciendo poco a poco para dar paso al deterioro y al olvido. Es ese momento en el que surge una nueva percepción del Centro, vinculada a la fatalidad y al desencanto. Una percepción que lo concibe como un lugar en el cual ya nadie puede vivir y en el cual ya nadie vive. Un lugar podrido y acabado; sin belleza ni prosperidad. Con esta concepción se corre el riesgo de reducir el campo de análisis a meros prejuicios que pueden estereotipar ese espacio, en función de lo que un grupo o unos grupos pueden pensar, creer y hasta imaginar de ese territorio o de los actores que lo conforman. La acción de imaginar permite que algo que no es fruto de la experiencia personal pueda ser relatado a partir de imágenes⁸. Por eso, ima-

ginar implica creer desde lo que es y lo que no es real, desde lo que se espera o bien desde lo que se padece.

Ese es el otro ángulo de enfoque de los espectadores del Centro. Hay que agregar que existen dos tipos de espectadores: los que nunca lo conocieron y se han creado aun así una imagen negativa del mismo, y los que conocieron el viejo Centro y ahora lo consideran acabado en relación con el anterior. Claro está que factores como la delincuencia, el desorden y la violencia están muy arraigados en la dinámica cotidiana del Centro y, ciertamente, éstos le dan una imagen de riesgo a este espacio. Pero considerarlo como un lugar que ya no sirve para vivir puede resultar en extremo peligroso, puesto que no considera a sus 13 000 habitantes actuales⁹ (OPAMSS, 1998). El rechazo, la marginalidad y la intolerancia es el signo que caracteriza a esta percepción.

La última y quizá la menos imaginada es la vinculada a la subsistencia y la conservación, a la

Hay que entender que el actor social es el ciudadano que vive y padece la ciudad y se transforma en "autor", "en la medida en que al usar la ciudad, el actor inscribe la huella de su propio hacer".

7. Gustavo Herodier, *San Salvador: el esplendor de una ciudad*, ASESUISA y Fundación María Escalón de Nuñez, San Salvador, 2000.

8. "Imagen es el contenido sensible como operativo en el nivel sensorial. Es la imagen que funciona dentro de un conjunto de asociaciones, afectos, exclamaciones, discurso articulado y acciones. La imagen como símbolo o como signo es la imagen en correspondencia con actividades o elementos en el nivel intelectual" (Yurén, 1994).

9. OPAMSS, *Documento de consulta ciudadana*, 1998a.

cotidianidad y la tolerancia de parte de la gente que usa el centro. Estamos hablando de comerciantes formales, informales y transportistas e incluso de los habitantes. Puede resultar extraño pensar en la tolerancia como uno de los signos que caracterizan las percepciones del Centro, pero hay que considerarla tan válida como las anteriores, debido a que es la manifestación de la mayoría de las personas que lo usan para sobrevivir y que lo ven como una buena opción para desarrollar sus vidas, que aunque no es la mejor, es la más asequible, considerando sus oportunidades de desarrollo: "el centro me sirve para vender, para distraerme, para andar respirando otros aires. En la casa me aburro y aquí no. Aquí me distraigo con la gente" (comerciante informal).

Indudablemente, esta tolerancia es precaria, debido al recelo, la desconfianza y a las amenazas constantes que sus habitantes y usuarios sufren y se lanzan entre ellos. La fragilidad de la condescendencia se debe a que el "otro" ya no es sólo "el individuo que existe en el entorno inmediato y con el que se establecen relaciones de oposición y de semejanza, y que preexiste como diferencia", sino que se transforma en amenaza (Ortiz, 1998)¹⁰. La pluralidad ha dado un giro, como ingrediente fundamental para la funcionalidad de las estructuras del Centro a la disparidad que genera desconfianza, que problematiza las relaciones y que puede generar conflicto. La tolerancia condicionada a los conflictos de interés, que no son otros que los de la supervivencia, aun a costa de la destrucción del otro. Mientras esos intereses no entran en conflicto, se mantiene la armonía.

Es de esperarse que existan percepciones tan dispersas y contradictorias, si existen realidades que, de hecho, son paradójicas y, en algunos casos, irreconciliables. A partir de eso es que hay que deducir que surgen las percepciones, las cuales deben entenderse como maneras de ver y vivir el mundo. Pero este proceso no se reduce a lo real, sino también a las expectativas y a lo imaginado, deseado y esperado. Percibir es complejo y no sólo determina la capacidad de relacionarse con el otro, sino que también permite establecer catego-

rías, a partir de la realidad imaginada y la realidad vivida. Percibir también es cuestión de interpretaciones y de lecturas tan particulares, que no debe correrse el riesgo de tomar como falsa alguna percepción, por extraña que parezca. Se trata, a fin de cuentas, de hacer notar que existe una relación directa entre las percepciones y el espacio simbólico. Las percepciones son las que permiten el establecimiento y el reconocimiento del espacio, a través de un conjunto de significados socioculturales. Significados numerosos, fragmentados y versátiles, que surgen con base en los imaginarios colectivos¹¹ y que se vuelven convencionales, a través del acuerdo social. Los significados del Centro varían, desde la rememoración de la historia de la fundación de la ciudad, hasta la actual interpretación como espacio para el desorden y la marginalidad, pero también para la subsistencia.

3. Los desplazamientos en el significado de lo urbano y lo rural

Al hablar de la generación de nuevos significados hay que hablar de movilidad de y desde los actores. Esta movilidad social ha encontrado su génesis en diversos factores, tales como los cambios en la economía, los problemas en el desarrollo agrícola, la tenencia de la tierra y el desarrollo de la industria. En términos generales, la industria empezó a desarrollarse con más fuerza en el área metropolitana de San Salvador, a partir de los cincuenta. Sin embargo, la dinámica industrial ha sufrido cambios constantemente. "El final de la década de los cincuenta y el de los sesenta dejan ver el agotamiento del esquema de acumulación fundamentado en los productos tradicionales de origen agrícola y fabril y volcado en alguna medida al mercado interno. La nueva orientación del proceso productivo en los últimos años hace dirigir sustancialmente la producción hacia el mercado internacional, subordinado directamente a las ramas industriales existentes mediante un proceso rápido de concentración y centralización de capitales apoyado prioritariamente con el incremento de la productividad, con base en la explotación inten-

10. Renato Ortiz, *Otro territorio*, 2ª ed., TM Editores, Santafé de Bogotá, 1998.

11. Se denominará imaginario colectivo a un estado de conciencia agrupada que se forma a través de la interiorización de imágenes mentales creadas en torno a un hecho, un grupo o un territorio; asimismo se entenderá como imaginarios "al conjunto de imágenes mentales, de ideas sobre el mundo que cada uno tiene y las maneras como los actores sociales van construyendo el mundo" (Reguillo, 1998).

siva y extensiva de la fuerza de trabajo, localizada en los centros urbanos”¹² (López, 1984).

En ese momento, se evidencia la disminución del consumo social de la producción agrícola y la población desplazada del campo trabaja en las denominadas actividades terciarias, “La proliferación de actividades económicas *informales* (limpiabotas, tenderos, vendedoras del mercado, vendedoras ambulantes) que acompañan al crecimiento económico formal, ofreciendo una ocupación a todos aquellos salvadoreños que por su educación o edad, o por la saturación de los puestos de trabajo, les es imposible ubicarse en la industria o los servicios”¹³. Todo lo apuntado redujo las oportunidades de trabajo en el campo. Éstas se hicieron cada vez más remotas y las migraciones del campo al Centro de la ciudad se hicieron cada vez más frecuentes. Los habitantes de las áreas rurales se mudaron a la ciudad, en busca de mejores condiciones de vida. En busca de empleo y de nuevas vinculaciones y sentidos de pertenencia, que les permitieran integrarse en ese territorio. “La gran mutación urbana es la concentración de los signos y símbolos a que aspiran gozar libremente los hombres de todos los barrios y aldeas” (Ledrut, 1968). Estábamos presenciando, por una parte, la apropiación de las costumbres urbanas para poder sobrevivir y, por otro, la generación de nuevos tipos de agrupamiento, de relación y nuevas maneras de nombrar y de leer el Centro como espacio significativo. “Yo me quedé aquí trabajando después de pertenecer a la guerrilla, porque nos desmovilizaron y tenía que buscar trabajo y entré a trabajar a una panadería, pero como la cerraron, tuve que empezar a vender aquí, en el centro” (comerciante informal, 2000).

El problema de ese intento era precisamente que, para que ese espacio se volviera significativo, no era sólo el actor el que debía adaptarse a la oferta simbólica existente, sino a la inversa. Se presencia, entonces, un nuevo mapa significativo,

el **desaparecimiento de algunas mediaciones sociales y culturales, y empiezan a constituirse nuevos sistemas de integración y valorización de las relaciones y de los espacios, en función de los nuevos usos que se estaban consolidando.** Este fenómeno era inevitable, ya que éstos eran actores rurales, queriendo asumir costumbres urbanas, queriendo “pertenecer” (Reguillo, 1996) a ese territorio e intentando al mismo tiempo que ese territorio les perteneciera. Ese anhelo, sin embargo, no es nada sencillo; por el contrario, puede generar grandes conflictos, ya que se trata de asumir un rol y unas costumbres urbanas que no terminan de apropiarse, y no terminan de apropiarse porque, a diferencia de los actores anteriores del Centro, sus necesidades básicas no están resueltas. En el Centro ya

no se creaban redes heterogéneas de relación privilegiando, como actor principal, a la clase alta. Poco a poco, el desplazamiento de actores cedió su papel de protagonistas principales a la clase baja y media baja, encabezada por gente proveniente de los sectores rurales, que cada vez más intenta insertarse en la lógica de la

ciudad. Cada vez es más difícil identificar la frontera entre lo urbano y lo rural, y cada vez más gana terreno no sólo lo físico, sino lo simbólico, el fenómeno de la urbanización.

Asimismo, con el desplazamiento de actores en el Centro, el concepto habitacional se transformó. Su signo ya no era de estatuto social, sino de marginación social, ya que este territorio se transformó en un espacio que brindaba albergue a la gente que emigraba del campo. Simultáneamente a ese fenómeno apareció también el de la emigración de los habitantes del Centro hacia la periferia. Se presenció la movilización de los antiguos habitantes a espacios más rurales, en la periferia, donde buscaron mejores condiciones ambientales, sociales, ornamentales, etc. Algunos habitantes del centro, que tienen más de cuarenta años de vivir en dicho lugar, afirman que la gente se fue por las

Los significados del Centro varían, desde la rememoración de la historia de la fundación de la ciudad, hasta la actual interpretación como espacio para el desorden y la marginalidad, pero también para la subsistencia.

12. Carlos Roberto López, *Industrialización y urbanización en El Salvador 1969-197*, UCA Editores, San Salvador, 1984.

13. *Enciclopedia de El Salvador*, vol. 2, Grupo Editorial Océano, Barcelona.



siguientes razones: “en busca de un mejor porvenir”, “porque ya la gente del campo empezó a venir para acá y con ellos un montón de problemáticas”, “la gente se fue buscando mejorar y el centro se fue llenando de comercios y empezaron a construirse casas muy bonitas lejos del centro”. Es la ruralización de lo urbano y la urbanización de lo rural, desde el punto de vista de los desplazamientos físicos.

El problema fue que todo ese esplendor al cual aspiraban los nuevos actores de las áreas rurales, se fue desvaneciendo con la fuga de sus actores anteriores. Una oferta simbólica preexistente se desvanecía para dar paso a la generación y la conformación de nuevos significados. Se estaba presenciando la reterritorialización y desterritorialización de los espacios. El fenómeno de la reterritorialización hay que entenderlo como la “relocalización territorial relativa, parcial, de las viejas y nuevas producciones simbólicas” (García Canclini, 1989). Es necesario entender que toda reterritorialización es fruto de una desterritorialización. “Pero no se trata de tendencias complementarias o congruentes; estamos frente a un flujo único. La desterritorialización tiene la virtud de apartar el espacio del medio físico que lo aprisionaba, la reterritorialización lo actualiza como dimensión social. Ella lo ‘localiza’” (Ortiz, 1998). Esto significa que los territorios que antes se utilizaban para determinadas actividades e implicaban determina-

das relaciones entre espacio y ciudadano, hoy se han reutilizado de formas muy distintas, según los procesos históricos y el contexto social que se crea.

Las plazas, en los ochenta, ya no eran plazas, sino pequeños mercados y paradas de autobuses. Las calles ya no tenían la función exclusiva del tránsito, sino la de lugares para las ventas informales, etc. Las estructuras ya han sufrido un desplazamiento de significados. “El centro simbólico desaparece en tanto tal, es decir, en tanto lugar que sirve como punto de referencia para la identificación del lenguaje urbano. Ciertamente quedan los ‘monumentos’, pero estos no condensan ya expresiones vividas y deben por ello ser reinterpretados en tanto elementos del nuevo sistema

de signos especiales” (Castells, 1999)¹⁴. Hay que interpretar esas estructuras a partir de sus nuevas funciones y no en cuanto a sus significados antiguos.

4. Los nuevos signos

Los desplazamientos físicos han tenido gran parte de responsabilidad por el desplazamiento de significados, en el centro. Pero no se puede esperar que una oferta cultural sea inmutable, mas si cambia de actores que traen consigo nuevas ofertas culturales. Hace cincuenta años, las estructuras que existían tenían unos significados asignados, que permitían identificar usos claros y definitivamente coherentes, desde el punto de vista de la funcionalidad de éstas. Las plazas eran lugares de recreación y esparcimiento, que poseían un significado común a todos, aunque luego llegaron a tener significados fragmentados y heterogéneos. Los significados que los parques tienen en el Centro, desde ningún punto de vista pueden verse como uniformes, ya que cada parque padeció un proceso muy particular y diferente al de los otros.

En el caso del parque Libertad, además de servir como punto de parada de autobuses y de albergue para negocios informales de comida, también sirvió como punto de encuentro de algunas personas desempleadas —obreros en su mayoría—, quienes permanecían en el lugar, esperando que alguien llegara a solicitar sus servicios. Además,

14. Manuel Castells, *La cuestión urbana*, XV edición en español, Siglo XXI: Madrid, 1999, p. 271.

éste se transformó en uno de los lugares más peligrosos del Centro, al igual que la plaza Zurita. Pero en ésta, el principal problema es que se ha convertido en un lugar donde se practica la prostitución y la drogadicción. Por su parte, la plaza Gerardo Barrios significa un albergue para las personas jubiladas y de la tercera edad, quienes lo ocupan para pasar el día. Simplemente para estar. Este fenómeno se mantiene aun después del rescate de la plaza.

Con todos esos usos tan heterogéneos, el significado más o menos homogéneo que tenían las plazas de los cincuenta, a mediados de los setenta, se volvió complejo. Cada plaza o parque padeció un proceso particular, en torno a los actores que lo usaban. Es decir, en torno a la gente que vivía, trabajaba en los alrededores o visitaba estos lugares, y en torno a las actividades que realizaban y realizan. Hoy, ya no se les puede asignar un uso exclusivo a los parques. De hecho, su función recreativa y de espacio de convivencia se ha perdido, en gran medida. Éstos han sufrido grandes cambios físicos y de asignación de significados. En la actualidad, se intenta reterritorializarlos como espacios para el esparcimiento, a partir de los planes de recuperación de la alcaldía. De ésto se hablará más adelante.

En el caso del comercio, también hay que hablar de transformaciones simbólicas. Anteriormente era el signo del consumo a lo grande, ahora es caos y desorden. Si antes el comercio se ligaba al entretenimiento y a la diversión con las famosas vitrinas, ahora se le vincula con el desorden y el caos. Pero hay que establecer una diferencia entre el comercio formal y el informal. De alguna manera, el fenómeno del comercio en el Centro es un signo que ha cambiado de color, ya que antes este comercio implicaba la presencia de una clase so-

cial alta y media alta. Hoy, al igual que antes, representa la presencia de una clase social, pero ya no es en absoluto la misma. Hoy en día son muy pocos los grandes almacenes que permanecen en el Centro —como es el caso de los *Almacenes Simán*—; *Kismet* se mudó hace menos de un par de meses. Por lo tanto, es preciso plantear el factor de la movilidad social y de las emigraciones e inmigraciones para entender el nuevo color que adquirió progresivamente este signo¹⁵.

Con la proliferación de las ventas ambulantes y el crecimiento acelerado del comercio informal, el comercio empezó a consolidarse, en función de una clase social distinta a la que erigió los grandes almacenes de antaño. Hoy son pequeños empresarios los que comercian en la calle, en los parques e incluso en las paradas de autobuses; ellos le dan forma al comercio del Centro histórico. Esto evidencia la presencia de una clase social baja, que, en su mayoría, proviene de sectores rurales.

Cuando las emigraciones del Centro a la periferia empezaron, nuevos actores se instalaron en los espacios que fueron quedando libres, y trajeron consigo nuevos usos y nuevas maneras de vivir en ese espacio de la ciudad. El comercio en el Centro como herramienta para divertir y para el consumo de las clases alta y media alta había desaparecido. Con los cambios en la economía y la agudización de problemáticas sociales, como el desempleo y la pobreza, los grandes almacenes del Centro emigraron junto con los actores de clase alta y media alta, y los que aún permanecieron hasta principios de los setenta, terminaron por trasladarse a principios del conflicto armado. Las vitrinas se cerraron y las calles se atestaron de ventas ambulantes que, poco a poco, se establecieron en lugares fijos e hicieron de las calles un nuevo espacio para el comercio.

[...] los territorios que antes se utilizaban para determinadas actividades e implicaban determinadas relaciones entre espacio y ciudadano, hoy se han reutilizado de formas muy distintas, según los procesos históricos y el contexto social que se crea.

15. "El agotamiento del modelo agroexportador trajo como consecuencia la necesidad de buscar otras vías alternativas para el desarrollo económico" (Lungo, 1988) y los cambios en la economía a partir del problema de la tenencia de la tierra, la acumulación de la riqueza y el desarrollo de la industria, empujaron a los habitantes del área rural, motivados por las nuevas oportunidades de trabajo que ofrecía la capital.

Las calles dejaron de ser calles. Su función ya no era sólo el tránsito de personas o vehículos. Eran, además, espacios para el consumo de una clase social mayoritaria, que se desplazaba por las calles del Centro hacia sus lugares de trabajo todos los días. El comercio informal fue una acción desesperada de parte de los habitantes de los sectores rurales que se habían instalado en la ciudad, a consecuencia de la crisis económica del país.

El rostro del comercio, por supuesto, cambió y con él la imagen de este escenario. Todo como consecuencia de la refuncionalización del comercio y del apareamiento y crecimiento acelerado del comercio informal. Es, precisamente, éste último el que ha implicado un cambio en la manera de percibir el Centro como un espacio acogedor y atractivo. En repetidas ocasiones, en entrevistas realizadas con algunos actores del Centro, ellos afirman que "quitarían las ventas de las calles porque en realidad dan mal aspecto y dificultan el tránsito del peatón" (habitante del centro, 2000). Ese tipo de opiniones demuestran que a la gente no le parece atractivo que existan tantas ventas en la calle, aunque reconocen que han surgido porque existe necesidad y son vistas como un fenómeno normal, ante la crisis económica del país: "yo sé que no hay lugar donde poderlos ubicar y que la gente tiene mucha necesidad, pero da mal aspecto" (habitante del centro, 2000).

A pesar de los múltiples cambios que ha presentado este signo, hay que afirmar que el Centro ha tenido una trayectoria comercial importante y la sigue teniendo, aunque sus funciones y sus consumidores no sean los mismos. La importancia del Centro como espacio comercial no se ha perdido. Este lugar sigue siendo un foco que propicia y facilita las relaciones comerciales, debido a que sigue consolidándose como un referente, por su ubicación espacial y debido a las pequeñas dimensiones de su estructura física, pero sobre todo, por el número de personas que lo utilizan y transitan por sus calles, debido a la convergencia de un gran número de unidades de transporte colectivo.

5. Las mediaciones en el Centro

El tratamiento cultural del Centro Histórico de San Salvador, se insiste, no es sencillo. Ya que lo que está en juego no es sólo un conjunto de com-

portamientos y actitudes, hace falta, además, configurarlos dentro de un entramado de situaciones, espacios y mediaciones culturales. Las mediaciones deben entenderse como "las formas, condiciones y espacios desde los cuales se produce y se consume cultura"¹⁶ (Armas, 1995). Pero al hablar de mediaciones se está hablando no sólo de instituciones o personas, sino también de lugares con una carga de significados necesaria para comprender y ver al territorio desde una óptica enmarcada en unas circunstancias. Es decir, un dispositivo que media entre dos realidades. Por ello, en el siguiente análisis se han identificado algunos lugares —el barrio, las plazas, los bares, los cines, etc.— como espacios que tienen la capacidad de actuar como mediadores entre el Centro y sus diferentes actores.

No obstante, las mediaciones tampoco se caracterizan por ser globalizantes; éstas, al igual que las percepciones, son heterogéneas y subjetivas y, de nuevo, contradictorias. Las mediaciones también dependen del lugar donde el actor se coloque para observar, vivir, imaginar y padecer la ciudad. Así, para los habitantes del Centro, una mediación es, definitivamente, el barrio en el cual viven, ya que éste determina la manera de ver y considerar al Centro de San Salvador. De hecho, en la actualidad, el sentido de los barrios, en tanto articuladores de la identidad, se ha perdido. Se ha perdido el sentido de pertenencia dentro de la vida de los barrios: los vínculos, la mayoría de las tradiciones, la forma de organización barrial, la vida en torno a las iglesias y las relaciones de solidaridad. Sería aventurado, sin embargo, afirmar que este tipo de acciones y relaciones se ha perdido por completo, ya que en algunos barrios pueden existir, y de hecho existen, casos aislados de este tipo de expresiones.

Esta mediación es importante, porque permite identificar actitudes que los habitantes del Centro tienen hacia el lugar en el cual viven, a partir de los vecinos. En la mayor parte de los casos predomina la indiferencia; en otros, la imprecisión al hablar respecto del "de al lado" y, en algunos casos, la nostalgia por lo que fue y que se expresa en términos de lo perdido: "vivíamos en familia, había unión entre los vecinos, nos conocíamos todos los del vecindario, mientras que hoy ya no hay

16. Segundo Armas, *Imaginándonos el futuro*, 1ª ed, ILLA, Lima, 1995.

nada de eso. Todo eso ha desaparecido” (habitante del centro durante más de cuarenta años, 2000)¹⁷.

De alguna manera, las iglesias del Centro desempeñaron un papel preponderante en la articulación de la vida social y religiosa de los barrios, papel que hoy se ha desvanecido. Aun así, es importante señalar que las iglesias siguen teniendo un importante papel mediador entre los habitantes del Centro, aunque ya no desde la estructura barrial, y sus otros actores y ese territorio. Pero lo que es más importante destacar es que las iglesias se han transformado en uno de los pocos lugares que tienen capacidad para convocar a las personas para relacionarse con un mínimo de seguridad. Incluso, algunas personas que vivieron en el Centro siguen asistiendo a sus antiguas iglesias, por tradición. Las iglesias se han conservado como una mediación institucional importante. “Allí también se le da sentido a la propia producción de significados: ahí también se producen significados, se produce cultura y se interactúa con otra serie de informaciones”¹⁸ (Orozco, 1997).

Desde luego, las iglesias no son el único filtro entre los actores del Centro y ese territorio. De hecho, existen tantos como hay actores y subjetividades. Para los comerciantes informales, la calle se ha convertido en el elemento que les permite valorar el Centro como un lugar de trabajo, a través del uso que hacen de ellas para vender. Sin embargo, para las personas que necesitan trasladarse de oriente a poniente, el Centro será un lugar de paso y un punto de encuentro para abordar un autobús. Es una valoración totalmente distinta, aun cuando se trata de una misma mediación.

Distinto es el caso de las ventas, puesto que éstas se han transformado en un instrumento mediante el cual, tanto sus habitantes como los visitantes y transeúntes, consideran al Centro como un área en la que ya no se privi-

legia al ciudadano como el actor que construye esta porción de la ciudad y para quien se piensa de una manera coordinada y placentera. Por el contrario, estos actores admiten que las ventas hacen que, en términos de estética, el Centro ya no sea un territorio que seduce a sus actores, sino que, por el contrario, los repele y los obliga a transitar deprisa. “Los humanos estamos olvidados allí. La ciudad se vuelve humana cuando el hombre puede caminar por su ciudad y puede detenerse a observarla. Mientras que lo que nosotros hacemos es procurar pasar lo más rápido para poder salir de allí, no nos queremos detener”¹⁹ (habitante del centro, 2000).

En este sentido, existe otra mediación que refuerza esta sensación de olvido del ciudadano: el tráfico. Hay quienes afirman que es imposible saber qué se encuentra con mayor abundancia en el Centro: si gente o autobuses. Resulta increíble mirar de manera panorámica el Centro durante las horas tope. Cualquiera lo describiría como un enorme desorden, en donde lo que predomina son las ventas minoristas y los autobuses atascados en las calles principales... y son, precisamente, estos dos factores los que permiten que las calles se



17. Morena Lozano (habitante del centro desde hace más de cuarenta años). Entrevista realizada en la iglesia de San Esteban, el 21 de abril de 2000.

18. Guillermo Orozco, *La investigación en comunicación desde la perspectiva cualitativa*, IMDEC, Guadalajara, 1997.

19. Guillermo Funes (vive en el Centro histórico desde hace más de cuarenta años). Entrevista realizada en su casa, ubicada en el Pasaje Montoya del Barrio Lourdes, el 3 de mayo de 2000.

transformen en un símbolo de desorden, riesgo y contaminación, que, en última instancia, prescriben al Centro. Las calles como mediaciones han pasado de la valorización de la presencia del ciudadano, a la desvalorización de la persona como agente que dinamiza, vive, se desplaza y contempla la ciudad.

Hoy, la ciudad se padece, y ese padecimiento se relaciona con la tolerancia, entendida desde la resignación y el conformismo, e incluso desde la desesperanza. Es así como se expresan los habitantes del Centro y los vecinos de las cantinas, bares, clubes nocturnos y prostíbulos.

Negociar la ciudad implica considerar no sólo los espacios que existen, sino también comprometerse con ella y sus problemáticas e interpretarla.

En el caso del Centro, negociarlo supone verlo como espacio de comunicación, por medio de lo que existió y ahora está en el olvido, por medio de sus actores y escenarios casi extintos. Todo en el Centro comunica un mensaje. Este es el caso de las estructuras físicas, de los edificios antiguos, de las viejas construcciones de bahareque y de los grabados en relieve de las láminas. Puede parecer arbitrario y hasta absurdo el hecho de que se hable de las viejas casas y de los edificios como una mediación en el Centro histórico. Sin embargo, es real. Las personas que vivieron en el Centro durante los cincuenta y sesenta no dejan de verlo como un espacio perdido, un espacio de añoranza. Pero también un espacio que está en el olvido y descuidado por las autoridades y que es una expresión de la exclusión social de sus actores. La falta de infraestructura bien conservada, a través de la que se pueda hacer una lectura histórica del lugar, demuestra el desarraigo y la falta de interés de las autoridades.

Ahora bien, cuando hay que hablar de estructuras, hay que tomar en cuenta a otros actores que también interpretan y viven la dinámica del Centro, como es el caso de los jóvenes. Para ellos, las mediaciones son —en algunos casos— la Iglesia, la escuela y la calle. Mediaciones tan paradójicas y contradictorias, pero que configuran su imagen sobre él. Para quienes visitan las iglesias es un punto de encuentro para conversar y cultivar relaciones de solidaridad, inspiradas en un credo religioso. Para los que estudian en el Centro, es un

lugar de obligaciones y de riesgo por la presencia incontrolable de las maras, que son uno de los principales dispositivos desde los que puede describirse aquél. Es así como éstos deben verse como lugares desde los cuales provienen las superposiciones y contraposiciones, que contribuyen a articular el espacio social y el de los sentidos.

Así, un trabajador del Centro, ya sea formal o informal, lo nombrará desde sus funciones como tal, desde su trabajo, negocio o venta. Lo que hay que entender es que “el campo de lo que denominamos mediaciones, se halla constituido por los

dispositivos a través de los cuales la hegemonía transforma desde dentro el sentido de trabajo y la vida de comunidad” (Barbero, 1987), pero ante todo, que comunica una o

unas realidades que no tienen que ser objetivas. Las mediaciones brindan la posibilidad de valorar, asignar significados, reterritorializar y desterritorializar el Centro de San Salvador y con esto de disponer un espacio para actores con mentalidades, debilidades y visiones de mundo fragmentadas e incompatibles. Es decir, de transformarse en un canal para la comunicación de percepciones, acciones y relaciones.

6. Cambios en el territorio y reacciones

Aunque las transformaciones son lentas y hay que pensarlas a largo plazo, los actores ya han empezado a percibir los cambios: “el Centro es un poco desordenado, aunque hoy ha tenido ciertos cambios positivos, por ejemplo los parques” (transúente del centro, 2000).

Algunas plazas han sido rescatadas y recuperadas, entre ellas la plaza Barrios, la plaza Morazán, el parque Bolívar y la plaza Libertad. Asimismo, algunas calles han sido despejadas ya que se ha retirado el exceso de ventas minoristas, y se está negociando con las diferentes gremiales de transportistas de autobuses la posibilidad de sacar algunas rutas del Centro.

Como es de esperar, las reacciones son muchas y diversas y, al hablar de ellas, de manera inevitable se está hablando de qué es lo que está comunicando la gestión de recuperación, que realiza la alcaldía de San Salvador. Los mensajes son diver-

La importancia del Centro como espacio comercial no se ha perdido.

sos y dependen de los actores y de sus maneras particulares de desarrollarse y de vivir en el Centro. Lo que para los espectadores es un esfuerzo plausible y concreto —“ya quitaron a bastantes vendedoras y han rescatado algunas plazas y ya se ve mejor” (ex habitante del centro, 2000)—, para algunos de los habitantes más antiguos no tiene demasiado mérito. Por ello, aunque afirman que lo que se está haciendo es un buen inicio, no lo consideran suficiente: “para mí la alcaldía podrá tener sus proyectos, pero quizá no se han divulgado lo suficiente. Bueno, lo único es el rescate de algunos parques, pero de allí todo es un puro mercado” (habitante del centro); “el problema es que no basta con esos cambios. Son cambios que cualquiera puede enumerar: está cambiando el parque Libertad, con la ayuda de la empresa privada están renovando un par de parques, quitando algunas ventas, pero no sólo se trata de eso, también hay que resolver la problemática que existe en la vivienda y la protección del patrimonio cultural” (habitante del centro). A pesar de las contradicciones que surgen en torno al tema de las plazas, el rescate de ellas comunica seguridad pública. Todos los entrevistados afirmaron que se están transformando en espacios más seguros.

Los cambios siempre se reciben de manera muy diversa y, en algunas ocasiones, los actores tienden a presentar resistencia. Algunas de las reacciones de los habitantes del Centro poseen cierto nivel de aceptación, en tanto reconocen que las plazas públicas se ven mejor ahora y que incluso la delincuencia ha disminuido en ellas. De todas maneras, lo que para la mayoría de visitantes es positivo, debido a que los cambios les permiten gozar de un mínimo de seguridad, para los vendedores del sector informal no es del todo necesario. Los cambios comunican ruptura, al hablar desde la perspectiva de los vendedores ambulantes, ya que implica renunciar a su estatuto, a sus modos de vivir y de actuar, pero ante todo a la apropiación simbólica que han hecho del espacio en el cual se han ubicado, ya sea una calle o una acera.

En algunos casos se dijo que, con los cambios efectuados durante la actual gestión municipal, las plazas se habían transformado en espacios que fomentan la holgazanería: “son centros para la vagancia. Allí llega mucha gente que no hace nada, que llega sólo a molestar a la gente. Hay gente que con eso de que allí están los teléfonos allí llega a hablar y allí permanece” (reparador de relojes,

2000). Sin embargo, los comentarios deben valorarse desde donde surgen y, en este caso, la reacción es normal, porque el gremio de trabajadores informales ha opuesto cierta resistencia a los cambios que la alcaldía está impulsando, puesto que estas transformaciones están afectando su cotidianidad dentro del Centro. Para ellos, las calles y las plazas son y deben seguir siendo sus lugares de trabajo. En ese sentido, la alcaldía debe asumir con mayor seriedad el esfuerzo por garantizar la coexistencia armónica entre sus actores.

Otra muestra de las distorsiones y subjetividades a la hora de valorar los cambios la constituyen las vendedoras de los mercados. En ese sector existen grandes contradicciones y muy diversas reacciones. Lo que para algunas personas es un buen esfuerzo de la alcaldía por ofrecer un espacio de trabajo más digno y más seguro, para otras es una postura intolerante. Las acciones específicas del proyecto de rescate del Centro, orientadas a la recuperación de algunas de sus calles, han generado una dosis preocupante de confrontación, de parte de los trabajadores del sector informal. Definitivamente, no se puede afirmar esto de manera tajante y arbitraria, para ello tendría que realizarse un estudio más profundo; pero eso no obsta para destacar que ésta ha sido la respuesta de la mayoría de personas que integran ese sector.

Evidentemente, las reacciones también generan contradicciones, pero hay que diferenciar entre lo que se espera de la aplicación de un proyecto de tales alcances y lo que en verdad produce. En este caso, hay que entender que el consenso respecto a las acciones de la alcaldía nunca puede ser absoluto. De la misma manera, tampoco pueden ignorarse las mentalidades, las ideologías, las necesidades e inclusive las apatías y las resistencias de los actores que se ven afectados con su puesta en marcha.

Las gestiones también comunican orden. El desalojo de las calles también posibilita una nueva imagen del Centro. Las calles recuperadas facilitan el tráfico de vehículos y personas, y su distribución genera una nueva disposición del espacio. Para otros, como ya se dijo, el ordenamiento significa renunciar a la rutina del desorden, sobre la cual pesa infinitamente la costumbre; para los vendedores informales, implica renunciar a sus lugares de trabajo, a la costumbre de vender en la calle, para, en cambio, ser desplazado a otros lugares. Lo más probable es que se genere una percepción parecida entre quienes utilizan el Centro como una macro-

parada de autobuses, cuyos puntos principales se ubican en las plazas públicas: “en cierto sentido ha ayudado a que mejore, pero en otro sentido no, porque las paradas de buses están inhabilitadas y es bien incomodo tener que caminar más” (joven que vive en el centro, 2000). Para ellos es posible que represente incomodidad, pero para la gente que transita en automóvil, la recuperación de este espacio implica beneficios palpables: la comodidad y el orden.

De nuevo, hay que hablar de percepciones subjetivas y dispersas, pero no por ello de percepciones poco válidas o falsas. Lo que ocurre es que cada actor emitirá un juicio, en función del tipo de relación que mantiene con el territorio y en función de los usos que hace de él. Por ejemplo, para los visitantes que sólo transitan por el Centro, es probable que el ordenamiento represente una mejora en relación con otros años: “hace unos diez años, las plazas eran desordenadas. No había tanto orden, ni había seguridad. Yo creo que hoy han mejorado” (visitante del centro, 2000). Para los habitantes de este territorio, el ordenamiento significa seguridad: “hoy me siento un poco más segura, porque ya hay más vigilancia, ahora sí se ven bastantes agentes y uno siente un poco más de seguridad al caminar por las calles” (habitante del centro, 2000). En fin, el problema del ordenamiento en el Centro de San Salvador tiene y seguirá teniendo muchos sentidos o sin sentidos. Pareciera que el desorden se ha institucionalizado y enraizado tanto en algunos de sus actores que, en esos casos, podría hablarse de una vocación para el caos e incluso para un caos organizado, que, de alguna manera, se ha vuelto funcional para algunos de los actores, ya sea por necesidad, por costumbre, o por ambas cosas.

Pensar este segmento de la ciudad implica tener en mente el significado de ordenamiento desde la heterogeneidad de los actores y, por tanto, en la posibilidad de propiciar la resemantización de los espacios, en función de una nueva distribución espacial. Pero también conlleva a propiciar nuevos imaginarios, en torno al espacio deseado, en tanto realidad posible y no en tanto mera utopía. Así, ordenar la ciudad no implica uniformar las percepciones, en función de un espacio compartido, sino garantizar que los actores puedan vivir más dignamente la ciudad, aun a costa de su resistencia al cambio, al orden y al desplazamiento.

7. Planes de recuperación y su impacto en el espacio social y simbólico

Recuperar la ciudad es trabajar en su transformación en función del desarrollo humano. Ese debe ser el objetivo prioritario a la hora de pensarla. Pero la ciudad es básicamente un conglomerado de redes comunicativas, que se vuelven significativas gracias a los ciudadanos. El espacio está colmado de sentidos. Es eso, precisamente, lo que no se debe olvidar. Para recuperar la ciudad, hay que tener plena conciencia de que el Centro de San Salvador sufre, desde hace más de tres décadas, de un “des-centramiento”, es decir, de “la pérdida de Centro”. Esto ha implicado que las grandes decisiones y los procesos sociales que tenían la facultad de impulsar cambios en la estructura de la ciudad (y, en ocasiones, de todo el país), ya no se producen de manera exclusiva en él. De hecho, ya casi no se dan en ese lugar. A pesar de esto y de la marginalidad y de la exclusión, las grandes características de ese territorio, el Centro no puede dejar de verse como un espacio en el cual se generan infinidad de procesos sociales.

Al hablar del impacto que está teniendo el rescate y la recuperación del Centro, se está hablando de reacciones y de respuestas. Por ejemplo, en el caso de las tres plazas principales del centro —la plaza Morazán, la plaza Gerardo Barrios y el parque Libertad—, una de sus consecuencias es que se están convirtiendo en nuevos espacios de interacción para los habitantes y visitantes del Centro histórico. Evidentemente, no podrá proporcionarse un entretenimiento igual al de los años cincuenta, porque los actores no son los mismos y los procesos históricos y sociales se han renovado. Sin embargo, el intento por volver a reterritorializar los parques se está llevando a cabo. El impacto todavía no puede evaluarse en toda su extensión y hay que estudiarlo a largo plazo, ya que su valoración debe hacerse desde la articulación de los movimientos sociales urbanos. Estos movimientos se originan como consecuencia del choque que se produce con el cambio, al romper con lo cotidiano; aun y cuando lo cotidiano sea conflictivo, peligroso y desordenado. Este choque es el que ha obligado a los ciudadanos, a lo largo de la historia del Centro de San Salvador, a renombrar su espacio.

Otro de los grandes impactos que han generado los proyectos de rescate es el del desplazamiento

to. Este último es inevitable cuando se habla de ordenamiento. Ordenar implica organizar, y organizar implica acomodar y movilizar elementos para lograr instaurar un nuevo espacio, que permita procesos menos conflictivos. De todas maneras, el conflicto que se genera debe ser matizado, en función de los plazos en los cuales puede perdurar. Así, a corto plazo, es casi un hecho que el ordenamiento seguirá generando conflicto y discordia entre la alcaldía y algunos actores del centro. Al respecto, probablemente sea conveniente la creación de una estrategia que garantice la coexistencia armónica de los actores entre sí, y entre éstos y los espacios recuperados y ordenados.

Interesa descubrir los impactos de los proyectos de rescate en la medida que tienen capacidad para conformar una nueva red de significados, que posibiliten hacer una relectura de ese territorio, en el cual se acreditan roles, significados, costumbres y en los cuales se ofrece la posibilidad de construir identidades. Así, hasta de las resistencias es posible extraer nuevas maneras de “leer” el Centro

de San Salvador. Es lógico que exista esa resistencia al cambio. El ritual de la costumbre siempre tiene peso, aunque lo que legitime esa costumbre no dignifique a sus habitantes, ni les ofrezca mejoría.

Pese a la resistencia, es positivo el hecho de que, entre algunos actores, se está recuperando, paulatinamente, una conciencia histórica del centro. Esa conciencia no es generalizada. Pero lo que sí hay que destacar es que el ordenamiento tiene su mérito en sí mismo y los choques entre los actores que hoy forman parte de la escena urbana —y con ellos, sus discursos y propuestas— son normales. No puede esperarse conformidad absoluta en un territorio tan híbrido. Los impactos deben apreciarse desde las nuevas construcciones sociales, que son complejas, inacabadas y dinámicas, y desde la complejidad misma de las percepciones, las ideologías y las mentalidades de sus actores. El rescate ya tiene como logro el hecho de que adapte, recobre y rehabilite la estructura física y social del centro, aunque siempre es en el área social donde los impactos perdurarán más tiempo.

